

MANUELA SÁENZ ANTES Y DESPUÉS DE BOLÍVAR

Rosa Maria Grillo¹

Universita degli Studi di Salerno

*Tú fuiste la libertad,
Libertadora enamorada.*
Pablo Neruda

Resumen

A partir de una conferencia de Teresa de la Parra en 1930, algunas escritoras han ‘descubierto’ a Manuela Sáenz haciéndola protagonista de novelas caracterizadas por la elección de perspectivas alternativas a la historiografía oficial que enlazan el discurso feminista a otros discursos reivindicativos de grupos ‘débiles’: negros, indígenas, etc. Se analizan las novelas de cinco escritoras: las ecuatorianas Luz Argentina Chiriboga (*Jonatás y Manuela*) y Edna Iturralde (*Simón era su nombre*), la mexicana María Eugenia Leefmans (*La dama de los perros*), las argentinas Alicia Dujovne Ortiz (*Anita cubierta de nieve*) y Silvia Miguens (*La gloria eres tú. Manuela Sáenz rigurosamente confidencial*).

* Fecha de recepción 22 de enero de 2014; fecha de aceptación 23 de enero de 2015. El presente artículo es parte de una investigación desarrollada en el Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Salerno.

1. Catedrática de Lengua y Literaturas Hispanoamericanas en la Universidad de Salerno, Departamento de Estudios Humanísticos. Es miembro del Comité Científico del Centro Estudios “Mario Benedetti” de Alicante y del Centro Studi Americanistici “Circolo Amerindiano” de Perugia y de sus respectivas revistas (“América sin nombre” y “Thule”) y publicaciones (“Cuadernos de América sin nombre” y “Quaderni di Thule”), y del Comité Científico de numerosas publicaciones (“Cultura latinoamericana” “Oltreoceano”, etc.). A partir de 2000 dirige la colección de narrativa latinoamericana en italiano A Sud del Rio Grande (Oédipus, Salerno/Milano), Desde 2000 es coordinadora de las sesiones de Literatura de los Congresos organizados por el Centro Studi Americanistici “Circolo Amerindiano” de Perugia y desde 2005 dirige la sede de Salerno del Centro Studi Americanistici “Circolo Amerindiano”. Entre sus publicaciones figuran: *Racconto spagnolo. Appunti per una teoria del racconto e le sue forme*, Salerno, Palladio, 1985, pp. 176. *José Bergamín in Uruguay: una docenza eterodossa*, Salerno, Edisud, 1990, pp. VII+120. Una edizione corretta ed ampliata, in spagnolo, è stata pubblicata a Montevideo (Cal y Canto, 1995, con introduzione di Pablo Rocca, pp. 130), e una terza edizione, ampliata e con inediti di Bergamín, con il titolo *Exiliado de sí mismo: Bergamín en Uruguay (1947-1954)*, è stata pubblicata nella collana “Ensayos / Scriptura” della Università di Lleida, pp. 172, 1999. *La Literatura*, in VV.AA., *El último exilio español*, a cura di L. de Llera, Madrid, Mapfre América, 1996, pp. 315-315. *Emigrante / Inmigrado. Una doble identidad en el espejo de la literatura uruguaya*, Salerno, Oèdipus, 2003, pp. 120. *Escribir la Historia. Descubrimiento y conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX*, Alicante, Cuadernos de América sin nombre, n. 27, 2010, pp. 346. rgrillo@unisa.it

**Palabras clave**

Manuela Sáenz, independencia latinoamericana, Teresa de la Parra, novela histórica, escritura femenina.

MANUELA SÁENZ BEFORE AND AFTER BOLÍVAR

Abstract

From a conference of Teresa de la Parra in 1930, some women writers have ‘discovered’ Manuela Sáenz and transformed into the protagonist of historical novels characterized by alternative perspectives to official historiography linking feminist discourse to other discourses of rights protest of groups ‘weak’: blacks, Indians, etc.. We analyze the novels of five women writers: the Ecuadorians Luz Argentina Chiriboga (*Jonatás y Manuela*) and Edna Iturralde (*Simón era su nombre*), the Mexican Maria Eugenia Leefmans (*La dama de los perros*), the Argentinas Alicia Dujovne Ortiz (*Anita cubierta de nieve*) and Silvia Miguens (*La gloria eres tú. Manuela Sáenz rigurosamente confidencial*).

Keywords

Manuela Sáenz, Latin American Independence, Teresa de la Parra, historical fiction, female writing.

Una vida de amor y de aventura

Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador, la Generala, es, como Bolívar, antes que quiteña y ecuatoriana, ciudadana de la Gran Colombia y del entero continente americano. Los pocos datos ciertos de su vida la ven en un continuo movimiento y como para concretar en su misma biografía el sueño unitario bolivariano: nació en Quito en 1797, hija ilegítima de dos nobles españoles, a los diecisiete años huyó del



convento, en el que el padre la había encerrado, para reunirse con un teniente realista del que se había enamorado; terminada esa breve historia de amor, se fue a vivir con su padre en Panamá donde se casó con un comerciante inglés de treinta años más viejo; viajó frecuentemente entre Lima y Quito, y otras ciudades donde su marido tenía relaciones comerciales; en Lima empezó a colaborar a la acción independentista, así que en 1822 obtuvo del general San Martín la condecoración de “Caballera de la Orden del Sol”; pocos meses después conoció a Bolívar y empezó con él el gran romance de amor y de aventura, siendo al mismo tiempo valerosa combatiente con el grado de teniente coronel, conquistado en la batalla de Junín, y dama aristócrata en las fiestas de Lima, Quito o Bogotá. Salva a Bolívar por lo menos en dos ocasiones, la más famosa el 25 de setiembre de 1829: a partir de entonces el mismo Bolívar la llamará la Libertadora del Libertador. Considerada como una conspiradora activa y una subversiva peligrosa, odiada por los antiguos enemigos de Bolívar –Francisco José de Paula Santander, Vicente Rocafuerte etc.– cuando muere Bolívar se ve obligada a exiliarse en el pequeño puerto de Paita, en Perú, donde muere el 23 de noviembre de 1856, después de casi treinta años de silencio, víctima de una epidemia de difteria; su cuerpo fue sepultado en una fosa común del cementerio local y sus bienes, para evitar el contagio, fueron quemados.

A estas escuetas noticias hay que añadir un número infinito de anécdotas legendarias como el intento de suicidio, cuando se procuró una mordedura de una serpiente venenosa al estilo de Cleopatra (“¡Qué bella estaba Manuelita mientras me explicaba que había querido darse cuenta si el veneno de la serpiente que me mostró, era tan fuerte como se decía!”², cuenta Boussingault, desmintiendo la opinión de que había querido suicidarse después de la muerte de Bolívar), su incontrolable apetito sexual³, que la hace partícipe de aquel *topos* atribuido a todos los dictadores protagonistas de la narrativa de los años 70-80 del 900 (novelas de dictador), o la manera en que se salvó del incendio el cofre que contenía su correspondencia con

2. J.B. Boussingault, *Memorias*, Banco de la República, Bogotá, 1985 [1892], en <http://www.ban-repcultural.org/blaavirtual/historia/memov1/memov13b.htm> (sin número de página).

3. En muchas cartas a Bolívar enseña una inusual libertad de pensamiento y acción en el ámbito sexual: “En mis pensamientos estoy más que convencida que usted es el amante ideal, y su recuerdo me atormenta durante todo el tiempo...” (Carta del 14 de abril de 1825); “sabe que me dejé en delirio [...] Aquí hay todo lo que usted soñó y me dijo sobre el encuentro de Romeo y Julieta [...] y exuberancias de mi misma” (Carta del 28 de julio de 1822); “encuentro que satisfaciendo mis caprichos se inundan mis sentidos, pero no logro saciarme en cuanto que es a usted a quien necesito; no hay nada que se compare con el ímpetu de mi amor” (Carta del 14 de abril 1825); “ahora dirá usted que soy libidinosa por todo lo que voy a decir: que me bese toda, como me dejó enseñada” (Carta del 3 de mayo de 1825) (Cf. M. Espinosa Apolo (ed.), *Simón Bolívar y Manuela Sáenz: Correspondencia íntima*, Trama Ediciones, Quito, 2006, *passim*).



Bolívar⁴ y otros papeles, que fueron entregados más tarde al gobierno de Colombia y constituyen la base de muchas publicaciones cuya autenticidad es dudosa.

Pero, como a menudo ocurre a los héroes que se vuelven mitos, mientras la parte activa y central de su vida –la que justifica la transformación en mito– viene estudiada y analizada, el antes y el después quedan en la sombra y sólo ahora, en esta época del *post* –posmoderno, poscolonial, posoccidental– se presentan como materia de recreación artística y reajustes historiográficos: *El arpa y la sombra*, *Vigilia del Almirante* sobre Colón, *El general en su laberinto* sobre Bolívar y un largo etcétera.

Entre la historia y el mito

No ha sido nada fácil el camino de la mitificación de Manuelita, ya que no se ajusta a las tipologías femeninas tradicionalmente mitificables: como escribe Víctor W. Von Hagen,

Manuela Sáenz, por decisión de los historiadores, tuvo que hacer sitio al mito. Se suprimieron oficialmente todos los detalles de su vida, desaparecieron los documentos que la mencionaban [...] durante más de medio siglo, los historiadores mantuvieron un acuerdo de caballeros: Manuela no debía ser mencionada nunca⁵.

Intelectuales y políticos ayudaron en esta tarea, se repitieron hogueras de documentos y libros, por miedo al contagio... En Ecuador⁶ y Venezuela⁷ su nombre fue borrado de la historiografía y de la memoria colectiva; en Colombia y Perú, en cambio, hubo por lo menos dos

4. Se calcula que se escribieron alrededor de unas cuatrocientas cartas en el transcurso de su relación, de las que se conservan sólo un centenar.

5. V. W. Von Hagen, *La amante inmortal*, Diana, México, 1972, p. 333.

6. En su *Manuela Sáenz: presencia y polémica en la historia*, Mogollón y Naváez han individuado sólo dos obras de la historiografía ecuatoriana de la segunda mitad del siglo que citan explícitamente, aunque de manera fugaz, a Manuela Sáenz: *Resumen de la historia del Ecuador* de Pedro Fermín Cevallos, publicado en 1873, y *El Ecuador de 1821 a 1875*, de Pedro Moncayo, publicado en 1885 (cfr. M. Mogollón y X. Narváez, *Manuela Sáenz: presencia y polémica en la historia*, Corporación Nacional Editorial, Quito, 1997).

7. En el primer centenario del nacimiento de Bolívar, el entonces presidente de Venezuela Antonio Guzmán Blanco ordenó quemar las cartas de Bolívar a Manuelita, para que Daniel Florencio O'Leary no pudiera utilizarlas en la biografía que estaba escribiendo (D.F. O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, vols. 32, Presidencia de la República, Caracas, 1879-1888); en 1949 Augusto Mijares, ministro de educación de Venezuela, mandó arrojar al fuego las *Memorias* de J.B. Bousingault, que había dedicado a Manuela un entero capítulo.



intentos de salvarla del olvido: en Colombia Jean-Baptiste de Bous-singault la recuerda profusamente en sus *Memorias* (1892), en Perú el gran narrador de la historia patria Ricardo Palma la incluye en sus *Tradiciones peruanas* (publicadas a partir de 1863 como suplementos de revistas y periódicos). Con cuáles propósitos y resultados, veremos...

Los dos textos tienen un valor de testimonio directo, ya que ambos escritores la conocieron y durante breves periodos pudieron frecuentarla. Los dos subrayan el carácter autorreferencial e historiográfico para dar más valor a sus palabras, ya que ambos coinciden en contar –no hay elementos que atestigüen un recíproco conocimiento– las mismas increíbles –según los cánones del tiempo– aventuras y episodios que tuvieron como protagonista a la quiteña.

Ricardo Palma la acoge en dos *Tradiciones*⁸, pero nos referiremos sólo a “La Protectora y la Libertadora” (fecha Lima 1856⁹, es decir en proximidad de la muerte de Manuela), en la que, en el apartado dedicado a *Doña Manuela Sáenz*, remarca el dato autorreferencial y el trato de amistad que unió un joven marino aspirante escritor a una anciana mujer:

El puerto de Paita, por los años de 1856, en que era yo contador a bordo de la corbeta Loa, no era, con toda la mansedumbre de su bahía y excelentes condiciones sanitarias, muy halagüeña estación naval para los oficiales de Marina [...] Desde aquella tarde encontré en Paíta un atractivo, y nunca fui a tierra sin pasar una horita de sabrosa plática con doña Manuela Sáenz. Recuerdo también que casi siempre me agasajaba con dulces hechos por ella misma en un brasero de hierro que hacía colocar cerca del sillón¹⁰.

8. En “La carta de la Libertadora”, se publica una supuesta carta de Manuela a su esposo y se da cuenta de un enésimo rogo al que fueron destinadas las cartas de Bolívar y Manuela: “El presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, dispuso, allá por los años de 1880, que por la imprenta del Estado se publicase en Caracas una compilación de cartas a Bolívar, de las que fue poseedor el general Florencio O’Leary. Terminada la importantísima publicación, quiso el Gobierno completarlas dando también a la luz las Memorias de O’Leary, y, en efecto, llegaron a repartirse veintiséis tomos. Casi al concluirse estaba la impresión del tomo 27, pues lo impreso alcanzó hasta la página 512, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el Gobierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de corregir las pruebas y dos ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos, que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara que éste les diera un ejemplar de cada pliego a medida que salían de la prensa” (R. Palma, *Cien Tradiciones peruanas*, Ayacucho, Caracas, s.f., pp. 376-379, p. 377). Por supuesto Manuela está mencionada numerosas veces en las *Tradiciones* dedicadas a Bolívar.

9. Esta *Tradicción* no está recopilada ni en el volumen de la colección Archivos dedicado a Palma (coords. Julio Ortega y Flor María Rodríguez Arenas, 1988) ni en la antología de José Miguel Oviedo, *Cien Tradiciones peruanas* (Ayacucho; tampoco está mencionada en la cronología de las *Tradiciones*, pp. 516-519).

10. R. Palma, “La Protectora y la Libertadora”, en http://es.wikisource.org/wiki/La_Protectora_y_la_Libertadora (sin número de página).



Cuenta cómo quedó fascinado por su palabra amable e irónica a la vez, encontrando en ella “un atractivo” por su “sabrosa Plática”. Dada esta empatía, aunque siempre remarque la dualidad de su carácter y de su actuación, Palma ofrece una lectura paternalista de quien reconoce ciertas excentricidades o debilidades femeninas como necesario corolario de una mujer decididamente varonil:

bien se adivinaba que ese cuerpo había usado en mejores tiempos gro, raso y terciopelo. Era una señora abundante de carnes, ojos negros y animadísimos, [...] mano aristocrática [...] En el acento de la señora había algo de mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil, correcta y nada presuntuosa, dominando en ella la ironía.

No es sólo un juicio algo piadoso hacia quien ha perdido todo poder y todo fascino, al contrario, le reconoce el papel y el respeto que se ganó en sus años de auge:

Todos los generales del ejército, sin excluir a Sucre, y los hombres más prominentes de la época tributaban a la Sáenz las mismas atenciones que habrían acordado a la esposa legítima del Libertador. Las señoras únicamente eran esquivas para con la favorita, y esta, por su parte, nada hacía para conquistarse la simpática benevolencia entre los seres de su sexo.

En el tercer apartado, describiendo comparativamente a Manuela Sáenz y a Rosa Campusano, la amante de San Martín, parece desaparecer toda simpatía hacia Manuela:

Doña Manuela era una equivocación de la naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas encarnó espíritu y aspiraciones varoniles. No sabía llorar sino encolerizarse como los hombres de carácter duro. [...] Se encontraba como en su centro en medio de la turbulencia de los cuarteles y del campamento. [...] Se la vio en las calles de Quito y en las de Lima cabalgada a manera de hombre en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dolmán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca. La Sáenz renunciaba a su sexo. [...] La Campusano fue la mujer-acápite. La Sáenz fue la mujer-hombre”.

Pero luego cita las lecturas de ambas, y no hay dudas de que sus simpatías van todas a nuestra Manuela, sobre todo porque con el pasar de los años –cuando él la conoció en Paita– ya se habían ido desvaneciendo sus posturas varoniles:



el nombre de Doña Rosa Campusano figuró en el registro secreto del Santo Oficio por lectora de Eloísa y Abelardo y de libritos pornográficos. [...] ¡Que contraste con las aficiones de Doña Manuela! Esta leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la Península en el padre Mariana y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes y para ella no había poetas mas allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el Canto a Junín y parlamentos enteros del Pelayo, y sus ojos, un tanto abotagados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos.

Manuela es, por lo tanto, una presencia perturbadora y ambigua, pero no demolidora como la juzga Giulia De Sarlo:

Decidir insertarla en las *Tradiciones* cuando habría sido relativamente fácil correr un tupido velo y excluirla significa en las intenciones de Palma reconocer su papel de mito colectivo, pero al mismo tiempo demoler ese mito, riéndose de él y humillándolo, mezclando historia y ficción¹¹.

Significa en cambio, para mí, más que humillarla o ponerla en ridículo, separar las dos imágenes –joven mujer combatiente *versus* anciana y sabia señora–, restituir el mito a una dimensión humana y frágil y también reconocer al paso del tiempo un valor taumatúrgico, de suavizar aristas y permitir diálogos y encuentros. Significa también la imposibilidad, en aquella época, de comprender en un único sujeto calidades tan dispares como son los intereses culturales, la actitud al mando, el coraje, todo dentro un cuerpo femenino. Y creo que no por casualidad, sino por responder a las expectativas del tiempo, Palma excluye completamente de este retrato otra ‘calidad’, que no podía ignorar, la que empuja Jean-Baptiste de Boussingault a presentar casi una mujer de doble personalidad, “unas veces ligera y excéntrica y otras valerosa y abnegada”¹², todo siempre en grado excelso. Sólo en época reciente, como veremos más adelante, será posible dar de la mujer –de ésta y de toda mujer– un retrato *a tutto tondo*, incluyente y no dicotómico, que no sea el grotesco y risible que le dedica Jean-Baptiste de Boussingault, químico y minerólogo francés, discípulo de Humboldt, invitado por Bolívar –quien había conocido a su maestro en el viaje a Europa– para estudiar la naturaleza americana. Había

11. G. De Sarlo, “Manuela Sáenz redescubierta, recuperada, reinventada. La figura de la Libertadora entre Historia y Ficción”, en I. Bajini y E. Perassi (eds.), *Independencias Hispanoamericanas*, Caro y Cuervo, Bogotá, 2013, pp. 115-168, p. 156.

12. J.B. Boussingault, “El salto de Tequendama. Historia de Manuelita Sáenz”, cap. VII de *Memorias*, cit., sin número de página.



conocido a Manuela en 1828 en Bogotá y en sus *Memorias*, publicadas póstumas en 1892, le dedica un capítulo entero –el VII, “El salto de Tequendama. Historia de Manuelita Sáenz”– impregnado de una mirada eurocéntrica y masculina, no exenta de admiración. El título del capítulo no es ni ingenuo ni disparatado, sino que esas dos *fuerzas de la naturaleza* están tan íntimamente atadas que la una se refuerza gracias a la cercanía de la otra. Así, aquel salto es inconmesurable y nadie se le puede acercar, nadie, excepto una “sola persona a quien tendré ocasión de nombrar, que tuvo suficiente audacia para permanecer de pie sin ningún soporte al borde de la roca sin sentir vértigo”. Desde el neutro ‘persona’ se pasa a una decidida connotación de género – ‘coronel’ – para luego descubrir que “el oficial era una mujer muy bonita, a pesar de su enorme mostacho: Manuelita, la amante titular de Bolívar”. A partir de aquí parecen superadas todas las dicotomías de género:

el coronel Manuelita tuvo una caída, que nos aterró: él —o ella— salió de la silla y fue a caer a seis pasos de su caballo. Aturdida por el golpe quedó sin movimiento, pero felizmente, [...] terminado el examen [por parte del doctor Cheyne] se vio que no había pasado nada grave: una muy ligera luxación del hombro izquierdo. La coronela, a quien yo le había quitado los mostachos, subió de nuevo a la silla sin dificultad y yendo al paso llegamos a Canoas.

En realidad, ése parece ser un momento ‘mágico’ porque inmediatamente después las dos facetas de aquella ‘persona’ se escinden de manera esquizofrénica: después de almorzar cerca del salto, “esta loca y bebida mujer [...] imprudente [...] parecía resuelta a saltar al vacío”, pero ya por la noche, de regreso a “Bogotá [...] los excursionistas del Tequendama estábamos reunidos en los salones de Manuelita, quien lucía fresca y adornados sus cabellos con flores naturales”. Pero pronto descubrimos que también esta Manuela, cuando se pone trajes femeninos, enseña un desdoblamiento de personalidad y toda

la ligereza de sus actos [...] Su manera de ser era bien incomprendible; tan pronto lucía como una gran señora, o como una “ñapanga” cualquiera; bailaba con igual perfección el minuet o la “cachuca” (el cancán). Su conversación no tenía ningún interés, cuando se salía de los adornos galantes; era burlona, pero carecía de gracia; ceceaba ligeramente con intención, como lo hacen las señoras del Ecuador. Tenía un secreto atractivo para hacerse adorar [...] En Lima Manuelita había



sido de una inconsecuencia increíble; se convirtió en una Mesalina y los edecanes me contaron cosas insólitas: el único que las ignoraba era el general Bolívar. Los amantes, cuando están bien enamorados, son tan ciegos como los maridos.

Parece imposible que se refiera a la misma ‘persona’ cuando habla de valor, abnegación, sangre fría etc.:

Ella había dado pruebas de su valor militar; al lado del general Sucre, asistió lanza en mano, a la batalla de Ayacucho, último encuentro que tuvo lugar entre americanos y españoles, en donde recogió, a manera de trofeo, los estupendos mostachos de los que se hizo hacer postizos. Se puede decir que tenía entrenamiento, de lo cual no cabe duda, pero Manuelita, como se va a ver, estaba dotada de gran valor, de sangre fría y de una calma increíbles, en las circunstancias más peligrosas.

Como cuando el 25 de setiembre 1828 permite la huida de Bolívar despistando a los conspiradores que la golpean y amenazan de muerte: “Manuelita mostró un gran corazón, audacia y una rara presencia de espíritu”.

Las otras Manuela –la ‘bebida’ y la ‘Mesalina’– desaparecen por completo frente a esta valentía y este autocontrol, y nada queda de todas ellas en el triste epílogo que nos presenta Boussingault, cuando cualquiera la puede encontrar en Paita, “vendiendo cigarros, siempre alegre, afable y lo que nada habría hecho prever en la época de su grandeza, con una obesidad extraordinaria”.

“Excesiva(s)” en todo me parece(n) esta(s) Manuela(s) de Boussingault que sin duda no ha(n) favorecido una serena evaluación del personaje histórico y ha(n) inspirado, en cambio, las opuestas versiones que la historiografía y la literatura han ido ofreciendo en el siglo recién terminado, con un *crescendo* en las últimas décadas cuando ha empezado a ser –con otras mujeres hasta ahora olvidadas por la Historia, hijas, amantes, esposas... de grandes hombres–, objeto de la escritura femenina¹³: para no salir del territorio hispanoamericano, es suficiente recordar a la argentina María Rosa Lojo, que ha escrito ensayos y novelas sobre Lucía Miranda, Eduarda Mansilla, Manuelita Rosas y Victoria Ocampo, Isabel Allende sobre Inés Suárez de Vergara, Elena Poniatowska sobre Tina Modotti, Laura Esquivel sobre doña Marina...

13. Por esto no citaré obras de escritores que con sus poemas y novelas han escrito la ‘historia’ de Manuela Sáenz, desde Pablo Neruda a Luis Zúñiga.



Hasta cierto punto de la historiografía pero también de la historia de la literatura, las mujeres han sido el complemento, la sombra, la fiel compañera de... luego de a poquito han ocupado la escena y la página blanca del manual de historia o de alguna novela, en un proceso que ha visto paralelamente a escritoras y algunas –todavía muy pocas– historiadoras penetrar en el coto vedado de la historiografía y de la escritura semireferencial de la novela histórica.

El papel de la(s) mujer(es)

En el caso que nos interesa aquí, todo empezó a finales del 1929, cuando Teresa de la Parra, mientras viajaba de Panamá hacia Bogotá, escribió una carta al historiador venezolano Vicente Lecuna comunicando su decisión de escribir la biografía de Bolívar: “Quisiera ocuparme más del amante que del héroe, pero sin prescindir enteramente de la vida heroica tan mezclada a la amorosa”¹⁴.

El proyecto no cuaja pero la escritora va recogiendo material para tres conferencias sobre mujeres¹⁵ que dictará en Colombia entre mayo y junio de 1930: la primera sobre la Conquista, centrándose principalmente en Doña Marina, la segunda sobre la Colonia, vista a través de la vida de algunas religiosas, la tercera sobre la Independencia o sea sobre las mujeres de Bolívar: “Desde su nodriza, la negra Matea¹⁶, hasta Manuelita Sáenz, su último amor, Bolívar no puede moverse en la vida sin la imagen de una mujer que lo anime [...] y le preste sus ojos para mirar con ellos dentro de su propio genio”¹⁷. Entre los amores de Bolívar, sin duda los dos únicos dignos de ser recordados, además de su esposa Teresa del Toro con quien estuvo casado sólo durante seis meses, son Fany de Villars y Manuela Saenz pero es ésta última quien va creciendo a medida que Teresa de la Parra entra más en la vida del Libertador:

14. T. de la Parra, *Obras (Narrativa, ensayos, cartas)*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982, p. 550.

15. Las “Tres conferencias” se editaron póstumas (Ediciones Garrido, Caracas, 1961); luego fueron incluidas en sus *Obras completas* (Editorial Arte, Caracas, 1965), *Obra* (Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982) y *Obra escogida* (Fondo de Cultura Económica, México, 1982, 2 tomos; cito las conferencias de esta última edición, tomo 1, pp. 11-97).

16. Matea Bolívar, o la Negra Matea, tenía diez años cuando nació el Libertador y fue su aya. No hay que confundirla con Hipólita Bolívar, o la Negra Hipólita, otra esclava de la familia Bolívar Palacios, nodriza del Libertador.

17. T. de la Parra, *Obras (Narrativa, ensayos, cartas)*, cit., p. 514.



Entre los nombres de Fany y Manuela hay un vacío porque entre las dos se levanta majestuoso el mito del Libertador. Y la escritora, determinada en seguir su proyecto, se dirige segura hacia el segmento final de la vida del personaje. La influencia del último amor sobre la persona del Libertador, ya en el crepúsculo fue feliz pero no oculta, porque desafiando cielo y tierra Manuela Sáenz consolidó su presencia al lado de Bolívar sin miramientos¹⁸.

Llamándola ‘mujer de acción’ e ‘hija de la revolución’ le restituye una identidad compleja y rica:

La figura de doña Manuelita es en extremo interesante no sólo por su lado pintoresco sino porque representa, si bien se analiza, el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien sólo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción, no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución, no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia. Fue la mujer *après guerre* de la Independencia. Predicó su cruzada con el ejemplo sin perder tiempo y sin dejar escuela¹⁹.

Aun después de muerto Bolívar, Manuelita orgullosamente reivindicó su unión con el Libertador y cuando su marido murió renunció a la herencia (limitada a la cantidad de dinero que ella había llevado como dote):

Llevando así con orgullo hasta la vejez su título de Libertadora, doña Manuelita aparece como el tipo de la mujer fuerte. Personal y rebelde se fabricó ella misma su código de moral y dentro de él fue consecuente y fiel hasta la muerte. Algunos hallarán paradójica esta afirmación tan contraria a la opinión corriente y habrá quien se escandalice por ella. Pero que aquel que estando en la miseria sea capaz de renunciar a una herencia por rendir culto a un recuerdo que le tire a doña Manuelita la primera piedra²⁰.

La indica por lo tanto como ejemplo perfecto de un doble feminismo, en la vida privada –fuga del convento, abandono del marido, amor con Bolívar, renuncia a la herencia– y en la pública –como ciudadana y revolucionaria que vive plenamente la vida de su país. No podía ser sino

18. C. Galzio, “La humanización de Bolívar en *Una novela por escribir*”, en I. Bajini y E. Perassi (eds.), *Independencias Hispanoamericanas*, cit., pp. 143-154, p. 149.

19. T. de la Parra, *Obra escogida*, cit., vol. I, p. 74.

20. *Ivi*, p. 78.



una mujer quien redescubriera, y esta vez sin titubeos –más de medio siglo después de Palma y Boussingault– un personaje tan difícilmente encasillable en categorías y estereotipos femeninos vigentes en el siglo XIX.

Después de Teresa de la Parra –pero quizá independientemente de su ensayo, publicado, como se ha dicho, póstumo– se ha abierto la puerta a la producción biógrafo-narrativa: recordamos *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, del colombiano Alfonso Rumazo González, publicada en Cali en 1944, que se presenta como el primer “estudio serio y amplio [que] se ha publicado [...] sobre Manuela Sáenz, la hermosa y heroica quiteña que recibió de Bolívar el título de ‘Libertadora del Libertador’ con que la conoce la historia”²¹; *La vida ardiente de Manuela Sáenz*, publicado por el otro colombiano Alberto Miramón en 1946; *La Libertadora*, de Concha Peña en 1944 y en 1952 *The four seasons of Manuela* de Víctor Wolfgang von Hagen, probablemente el texto sobre la vida de Sáenz más conocido, traducido y citado.

Entre la historia y la ficción

En el ámbito híbrido entre historiografía y ficción el texto más interesante por ambiguo –y porque señala un renacido interés hacia nuestra heroína– parecería ser el publicado por un empresario ecuatoriano, Carlos Álvarez Saá²², del cual habla profusamente Giulia De Sarlo en un reciente artículo: “reciclandose historiador, [Álvarez Saá] afirma haber adquirido toda una serie de escritos autógrafos de Manuela Sáenz –cartas, diarios– que hasta entonces habían quedado ocultos en las manos de un coleccionista privado”²³. No he podido

21. A. Rumazo González, *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, Edime, Caracas, 1962, p. 9.

22. “Carlos Alvarez Saa, sostiene que en Protocolo de Inventario de Mobiliario y otros de la casa quinta de su Excelencia Simón Bolívar N° 102 del 16 de diciembre de 1856 inscrito en la Notaría Primera del Municipio de Santa Fe de Bogotá, en el rubro 198, se registran “Documentos rescatados de la choza de la Sáenz en Paíta, Perú por el General Antonio de la Guerra y que remitiera al General Briceno, el cual depositó en el congreso. En el mismo legajo se registran: “Documentos: Diario del Libertador tomado minuciosamente por el Señor General del Perú de Lacroix en Bucaramanga y un diario de la Sáenz de su estadía en Paíta (Perú) el cual se pondrá a buen recaudo por ser de sus apreciaciones suyas muy personales y de pensamientos poco y nada recomendables para la salud de la República. Advierte Alvarez Saa que estos papeles se encuentran en Ecuador desde 1985. El epílogo es novelesco. El diario de Manuelita estuvo en manos del M-19 que también se llevó la espada de la Quinta Bolívar en febrero de 1974. Alfaro Vive, negoció e ingresó estos papeles clandestinamente al Ecuador. Los venerables despojos de Manuelita están en Paíta y su alma inquieta se estremece con los remolinos que danzan con su mágico embrujo en la sal de la tarde” (“Apunte de Oswaldo Guayasamín” en <http://manuelalibertadora.blogspot.mx/>).

23. G. De Sarlo, “Manuela Sáenz redescubierta, recuperada, reinventada. ...”, cit., p. 162.



tener acceso a la obra, “editada y publicada por Saá [...] en solo 600 ejemplares, a pesar de valerse de colaboraciones más que ilustres como la de Elena Poniatowska –colaboraciones que sin duda le habrían asegurado una más que discreta difusión”²⁴, pero me parece importante incluirla en este incompleto panorama sobre el viaje del ‘personaje’ Manuela Sáenz en la historiografía, en la literatura y en el imaginario grancolombianos, y por lo tanto cito lo dicho por Giulia De Sarlo:

Un diario inédito, se sabe, es la perdición del historiador: demasiado bello para ser real. Y efectivamente, a pesar de las garantías de Saá –en el libro leemos que la autenticidad de los diarios ha sido certificada por nada menos que un departamento gubernamental–, la perplejidad de historiadores como Villalba, Jurado, y sobre todo Vargas Martínez [...] no tarda en manifestarse. Las objeciones de los tres autores están perfectamente arraigadas en los hechos; sin embargo, para el lector italiano queda enseguida patente otra pista, casi pueril, que nos hace dudar –por usar un eufemismo– de la autenticidad de los documentos. Observemos uno de los facsímiles que el incauto Saá ha decidido incluir en su volumen: se trata de un escrito autógrafo que Garibaldi habría dejado a Manuela como recuerdo de su encuentro de 1848 en Paíta. Garibaldi hace muestra de sus raíces italianas y transcribe de memoria, sin error alguno, un paso de la *Divina Comedia*, y lo firma, pero no como firmará todos los documentos que han llegado hasta nosotros, con la inicial del nombre, una G. apuntada, y el apellido por extenso. No, aquí firma por extenso el nombre también: y lo que es peor, escribe “Giussepe”. Dos s y una p, las dobles intercambiadas, el error más común de cualquier hispanófono que se cimiente con el italiano. La ilusión de la autenticidad se esfuma sin piedad²⁵.

Aun conciente, pues, de la ‘falsedad’ del diario y de las cartas, hubiera sido sin duda interesante para este trabajo leerlos como obra apócrifa, creación literaria como tantas obras de esta pos-modernidad (o pos-colonialismo, pos-occidentalismo...) que juega con las categorías de lo verdadero/falso, con diarios apócrifos y memorias de ultratumba... Es lo que hace Heather

24. *Ibidem*.

25. *Ivi*, pp. 162-163. En realidad, los los diarios ya se habían publicado en *Patriota y amante de usted* (1993, México, ed. de Elena Poniatowska). El texto de Álvarez Saá es *Manuela. Sus diarios perdidos y otros papeles* (1995) que contiene la biografía escrita por Carlos Álvarez Saá y los diarios de Quito y Paíta, el epistolario con Simón Bolívar y la primera parte del diario del Libertador en Bucaramanga. Álvarez Saá es autor también del opúsculo *Manuela Sáenz: figura cimera de la nacionalidad ecuatoriana*, que se ofrece a los visitantes del Museo Manuela Sáenz (Calle Junín en el centro histórico de Quito) cuyo dueño es el mismo Carlos Álvarez Saá: son todas teselas de la construcción del ‘personaje’ Manuela Sáenz, en sentido acrítico, apologético y legendario. Una primera lectura crítica de esta ‘construcción’ la encontramos en Heather Hennes, “Los “diarios perdidos” de Manuela Sáenz y la formación de un ícono cultural”, en *Kipus*, n. 26, 2009, pp. 109-132, en <http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/2088/1/RK-26-DO-Hennes.pdf>



Hennes relacionando el *Diario de Paita* con la biografía publicitada por el Museo Manuela Sáenz en Quito escrita por el mismo Saá y la película venezolana de Diego Rísquez *Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador*: “Aunque como diario no sea auténtico, este manuscrito ha entrado en la memoria colectiva sobre Manuela Sáenz por medio de estos dos espacios intermedios [...] Aunque entre estos textos y artefactos haya algunos reconocidos como ficticios o falsos, hay que identificar sus huellas en las representaciones institucionales, cívicas y artísticas que forman nuestra memoria colectiva”²⁶.

Como textos auténticos, en cambio, los han leído varios autores, entre ellos Edna Iturralde y Silvia Miquens, que, como veremos, en sus novelas *Simón era su nombre* y *La gloria eres tú* utilizan abundantemente párrafos de los supuestos diarios de Manuela y cartas de los dos amantes recopiladas por Álvarez Saá que llegan a ser de esta forma el pre-texto supuestamente real sobre el cual se erigen textos ficcionales.

Entre las numerosas obras declaradamente ficcionales sobre Bolívar y Sáenz recordamos *La caballera del sol. El gran amor de Bolívar* de Demetrio Aguilera Malta, quizá la primera de la serie, publicada en 1964, y la cadena colombiana²⁷ de los años setenta y ochenta del Novecientos compuesta por Álvaro Mutis con el cuento “El último rostro”²⁸ (1978), Fernando Cruz Kronfly con *La ceniza del Libertador* (1987) y el más famoso *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez (1989), que confiesa la enorme deuda contraída con Álvaro Mutis, ya que fue su cuento –al que nunca siguió la novela anunciada– el que le inspiró *El general en su laberinto* en el que Manuela aparece al principio para luego desaparecer y volver repetidamente evocada *in absentia*. Quizá la ausencia de Manuela sirva sobre todo para remarcar la soledad del Libertador –tema príncipe de la novela y de toda la producción narrativa de García Márquez–, quien no consigue ‘comunicar’ con ninguna de las mujeres que encuentra en su último viaje, desde la cocinera Fernanda Barriga a la Reina María Luisa y Miranda Lyndsay.

Contemporáneamente empieza también el ‘renacimiento’, podemos decir, autónomo, de Manuela, que se va confirmando en la historiografía y en el imaginario latinoamericanos como luchadora y combatiente por la Independencia a la par de Bolívar. Operación inte-

26. *Ivi*, pp. 130-131.

27. Las tres se ocupan de los últimos días del Libertador.

28. Incluido en *La muerte del estratega, Narraciones, prosas y ensayos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, pp. 89-103.



resante es la llevada a cabo por Carlos Calderón Chico, quien en 1988 ha publicado en Quito *En defensa de Manuela Sáenz. La Libertadora del Libertador*, seleccionando textos de muy variada procedencia y época (Pablo Neruda, Ricardo Palma, Victor W. von Hagen, Vicente Lecuma, Germán Arciniegas, Alfonso Rumazo, Pedro Jorge Vera, Jorge Salvador Lara, Jorge Enrique Adoum, Mario Briceño Perozo, Mary Ferrero, Benjamín Carrión, Jorge Villalba S.J., Leonardo Altuve, Juan Liscano). Hay alrededor de veinte obras publicadas sucesivamente que tienen a Manuela como absoluta protagonista, a veces sin valor literario ni historiográfico, pero importantes para tomar el pulso de este ‘renacimiento’: pertenecen al género de la novela histórica²⁹ en la que se entrecruzan diversos subgéneros, desde la novela sentimental a la novela erótica dando discutibles interpretaciones como *La esposa del doctor Thorne*, novela del venezolano Denzil Romero, ganadora, en 1989, del premio de narrativa erótica de la editorial barcelonesa Tusquets “La sonrisa vertical” (pura anécdota, el autor ha sido desafiado por seis políticos ecuatorianos ofendidos por el trato reservado a la que ahora viene considerada heroína nacional: ninfómana, incestuosa, lesbiana, aficionada a la bebida).

Múltiples son los juegos literarios que puede inspirar la figura de Manuela, ‘autorizados’ por las *Memorias* de Boussingault, pero han atraído mi atención algunas novelas de autoras que, como hemos dicho, caben en aquel copioso grupo de ‘mujeres que hablan de mujeres’, de escritoras que descubren mujeres olvidadas o falsificadas por la historia, y que de esta forma concurren a una nueva construcción historiográfica.

La mirada femenina

Un dato común a las novelas históricas escritas por mujeres parece ser la inserción de la reivindicación ‘de género’ en una trama más amplia sobre los marginados, los desvalidos, los dominados, casi a querer recoger en un único discurso las instancias reivindicativas de mujeres, afrodescendientes, indígenas, etc.: la mexicana María Eugenia Leefmans afronta la temática de los indios en *La dama de los perros* a través del personaje de Simón Rodríguez, maestro de Bolívar y defensor de

29. No quiero entrar en el debatido problema de la ‘nueva novela histórica’, la que correspondería a la época, a las exigencias, a las cosmogonías del ‘post-’: el discurso feminista y ‘africanista’ de las novelas de Chiriboga y de Iturralde sin duda nos permite hablar de una ‘nueva’ relación entre poder y escritura, entre culturas dominante y dominada, etc.



los derechos de los autóctonos, mientras que dos escritoras ecuatorianas³⁰, Luz Argentina Chiriboga en *Jonatás y Manuela* (1994), y Edna Iturralde³¹ en *Simón era su nombre* (2010), resaltan el rol que los negros tuvieron en el proceso de emancipación, la primera reinventando la relación entre Manuelita y Jonatás³², su esclava más fiel, y la segunda entrecruzando en cuatro apartados (*Tierra, Fuego, Agua, Tierra, fuego y agua*) los recuerdos de un Bolívar ya viejo, los cuentos de Hipólita, su niñera negra, las supuestas cartas de Manuela a Simón y de Simón a Manuela ‘recopiladas’ por Saá³³.

Luz Argentina Chiriboga es una reconocida escritora activa en aquel vasto movimiento de afrodescendientes que reescribe la historia de las Américas reivindicando visibilidad y derecho de palabra para personajes, eventos, culturas ‘olvidadas’ o ‘blanquedas’ por la cultura dominante. En esta trayectoria un puesto notable lo ocupa *Jonatás y Manuela*, que es la primera novela en que temas antiesclavistas –incluida la doble violencia de género y racial– son presentados desde un doble punto de vista implicado, femenino y negro. Efectivamente, la novela empieza en el Alto Níger con la descripción de la vida idílica que se vivía en África –casi un Paraíso terrenal– contrapuesta al infierno de la esclavitud en América. A través de la genealogía de tres mujeres negras y del encuentro de la última con la niña Manuela, “Chiriboga entrelaza dos procesos históricos, el de las luchas llevadas a cabo por los cimarrones contra los hacendados criollos y españoles, y el de las batallas libradas por el ejército de Simón Bolívar contra

30. Hay que subrayar la condición marginal de mujeres escritoras en el Ecuador, aún más las que se dedican al género histórico: “Las escritoras padecen de un silencio [...] mucho más grave que el de los escritores hombres. Y si la prosa femenina no ha recibido atención suficiente, las tentativas de mujeres para cultivar el subgénero histórico no ha alcanzado gran desarrollo” (T. Ward, “Perú y Ecuador”, en G. Da Cunha (ed.), *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*, Corregidor, Buenos Aires, 2004, pp. 271-305, p. 286). Otra ecuatoriana, Raquel Verdesoto de Romo Dávila, ha escrito la biografía novelada *Manuela Sáenz* (1963) que subraya el compromiso político de Manuela anterior al encuentro con Bolívar.

31. Es autora también de dos libros para niños sobre Manuela y Simón.

32. La ‘leyenda negra’ cuenta otra cosa: “Hay que saber que ella nunca se separaba de una joven esclava, mulata de pelo lanoso y ensortijado, hermosa mujer siempre vestida de soldado [...] Ella era la sombra de su ama; tal vez también, pero esta es una suposición, la amante de su ama, de acuerdo con un vicio muy común en el Perú” (Boussingault, *Memorias*, cit.).

33. En el “Epílogo” Iturralde describe unos cuantos “eventos increíbles” que acompañaron la creación de su libro, entre ellos el “encuentro inesperado de uno de mis hijos y su esposa [...] con el Señor Carlos Alvarez Saá, quien tan celosamente ha conservado este documento físico tan importante para la historia, y tuvo la generosidad de permitirme el acceso a él en el museo dedicado a Manuela. Los fragmentos que encabezan cada capítulo de *Fuego* son tomados directamente de este diario y fueron seleccionados para conformar un acróstico con el nombre de Simón Bolívar [...] En *Agua*, por su parte, son las cartas de Simón a Manuela las que aparecen citadas textualmente en los epígrafes” (E. Iturralde, *Simón era su nombre*, Gente Nueva-Alba Bicentenario, La Habana, 2010, p. 246).



las fuerzas realistas”³⁴. Como telón de fondo, añadiría, el discurso feminista de reivindicación del papel revolucionario desarrollado por las dos mujeres que dan título al libro, anterior y en buena medida independiente del encuentro con Bolívar. Es una novela de formación binaria: Jonatás y Manuela son dos niñas marginadas por motivos diversos –hija ilegítima una, negra la otra–, que crecen juntas aprendiendo a vivir ambas sin el amor materno y contagiándose recíprocamente el instinto libertario y una insaciable alegría de vivir. El mensaje que parece emerger es que la vitalidad y la energía que Manuela demostrará durante toda su vida son anteriores al encuentro con Bolívar –como en cambio toda la historiografía tradicional y machista tiende a evidenciar– y le llegarían, precisamente, desde esta infancia ‘negra’, desde la participación de la niña blanca al mundo de divinidades y magias afro y de odio hacia la dominación castellana. En el reino infantil es una relación de iguales: Manuela enseña a Jonatás a leer y escribir, Jonatás a Manuela tradiciones africanas y una forma de relacionarse con la naturaleza ausente en la cultura occidental; a veces, incluso después del encuentro con Bolívar, Jonatás retendrá el papel de consejera e inspiradora de la actuación política de Manuela. No sólo a ella, sino al mundo entero de la esclavitud africana se les debe reconocer como ‘artífices’ de aquella mujer excepcional, ya que Manuela sería el producto de una educación y un contexto afro, presentes en todo el continente y especialmente influyentes en la niña Manuela por su infancia vivida en los márgenes de la sociedad criolla, por ilegítima:

Allí, Manuela compartía con las esclavas sus comidas y sus ritos [...] Manuela fue cambiando su abulia por el buen amor; aprendió a degustar la fragancia de las resinas en el alba, en tanto Jonatás se embriagaba con el olor de los caballos. Ambas fueron alejándose de sus recodos de nostalgia en los que habían permanecido gran parte de su infancia [...] Sin [Jonatás, Manuela] volvería a sus tristezas, no gozaría de los juegos nocturnos, no treparía los árboles, no continuaría aprendiendo el bunde, no lanzaría piedrecillas a las mariposas para alegrarse viéndolas volar, no imitaría el relincho de los caballos, no remedaría el canto de los pájaros, ni el caminar de los venados. Era toda una gama de goces que le había traído Jonatás con su llegada³⁵.

34. H. J. Richards y A. L. Heredia, “Luz Argentina Chiriboga”, en A. López de Martínez y G. da Cunha-Giabbai (eds.), *Narradoras ecuatorianas de hoy*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 2000, p. 269.

35. A. Chiriboga, *Jonatás y Manuela*, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, Quito, 2010, pp. 89-91.



La africanización de Manuela se completará con el reconocimiento de su ascendencia afro, hasta entonces desconocida o rechazada:

Paulatinamente, iba separándose del mundo blanco para entrar al de la negritud, al mundo de los colores alegres, al mundo de la fantasía. Manuela caminó hacia el espejo y, al colocarse el tejido sobre el pecho, se miró feliz, aceptando la raíz de su abuela panameña, era de ella de quien había heredado su cabellera negra³⁶.

Manuela será la proyección de los deseos de Jonatás, y su actuación la natural consecuencia de una infancia fuera del canon blanco y occidental:

Se prometió, después de conocer a la niña Manuela, que juntaría sus pensamientos a los de ella; sería su apoyo en la vida, su madre, su hermana, su amiga, su todo. Años más tarde, comprobó que Manuela se grabó en su mente igual a las visiones soñadas en las noches de luna llena, que saciaban el hambre y la sed a los cimarrones. Su Manuela se convertiría en una de esas imágenes que surgen en los caminos para indicar la ruta a los esclavos prófugos, que van delante de ellos y, como por arte de magia, les quitan el cansancio, les ponen alas en los pies y, en vez de correr, los hacen volar³⁷.

La otra novela ecuatoriana que he mencionado corre paralela a esta de Chiriboga: aquí es la negra Hipólita que se constituye como figura formativa en la infancia y adolescencia de Bolívar, huérfano de madre a los nueve años y confiado al cuidado de la niñera negra (“Hipólita, a quien considero no sólo madre sino padre y madre para mí, es negra”, medita Simón confrontándose con José Palacios³⁸, el siero fiel hasta la muerte, él también negro³⁹). Se puede decir que estos dos personajes –ambos históricamente documentados– acompañan a Bolívar precisamente en las etapas iniciales y finales de su vida, casi cerrando un círculo y subrayando el rol del mundo y de la religiosidad afro: son el caldo de cultivo del espíritu libertario e independentista del futuro Libertador y al mismo tiempo la presencia protectora que

36. *Ivi*, p. 99.

37. *Ivi*, p. 92.

38. Manumiso de la madre de Bolívar, lo acompañó permanentemente: estuvo en sus viajes a Europa en 1803, 1807 y 1810, y en las campañas libertadoras y terminó siendo en su último viaje sargento primero y mayordomo.

39. Con ascendencia paterna, quizá anglosajona, pero “con madre, abuela y tatarabuelas, es decir, todas las mujeres en mi familia [...] negras” (E. Iturralde, *Simón era su nombre*, cit., p. 19).



lo acompañará durante toda la vida gracias a los poderes mediáticos de Hipólita, que continuamente va a una gruta secreta para interrogar a sus *engungún* y pedir su protección sobre su ahijado. Son cuatro partes muy dispares y mal concertadas, siendo sólo la primera, *Tierra*, y la tercera, *Agua*, congruentes entre sí y narrativamente válidas. En la primera, Hipólita en primera persona narra la infancia-adolescencia de Simón mientras que un narrador omnisciente cuenta su último viaje, así que Manuela es ausente pero continuamente recordada por el Libertador como la estrella que lo acompañó en la parte central de su vida: “A Manuela nunca la conocí de otra manera que como un vendaval, un huracán, no... más aún: un ciclón”⁴⁰; en la tercera se repite el mismo esquema narrativo pero centrado en la madurez de Bolívar: la fuerte presencia de la cosmogonía y del mundo afro aporta nuevas representaciones y en numerosas ocasiones presenta la doble versión, la oficial ‘realista’ de Bolívar y/o Manuela y la alternativa ‘mágica’ de los *engungún* que cuentan a Hipólita acontecimientos y juicios que ella misma reinterpreta en una visión sincrética (cómo el barco en que viajaba Simón cambió improvisadamente de rumbo, evitando así ser asaltado por un barco inglés, los misterios en la Corte de Carlos IV y María Luisa en Madrid, los conceptos de educación y sabiduría⁴¹). Los juicios y las sentencias de los *engungún*, cuando no abiertamente ‘mágicos’, son por lo menos irónicos y transgresores: antes anuncian a Hipólita el encuentro fatal de Simón con “Una mujer fuerte y audaz que tiene un nombre de raíz masculina [...] Pero dulce y femenino [...] *Ma nue la*”, luego explican que la misma es odiada por “los propios camaradas del Trinitario, que la temían porque sabían que lo protegía y lo cuidaba [...] Pero no cocinando ni lavando su ropa, sino como un soldado más: ¡A caballo y sable en mano!”⁴². Como decíamos, la segunda y la cuarta parte parecen ‘cuerpos extraños’: *Fuego*, narrativamente tortuosa y poco creíble, nada añade a la construcción de los personajes ni de la trama; es el diario de Manuela que relata su historia de amor, pero también –de una manera un tanto forzosa– la historia del Libertador y de la Independencia, así como él la contaba y la comentaban juntos: “Confesaste que [...] sentías gran alivio de poder hablar conmigo sin tapujos, que para ti tenía el efecto de un lavado (me pediste perdón por lo vulgar de la comparación)... dejar salir la verdad te limpiaba el alma”⁴³. Por lo

40. *Ivi*, p. 42.

41. *Ivi*, pp. 93-95, 98-100 y 103-104, respectivamente.

42. *Ivi*, pp. 147 y 227.

43. *Ivi*, p. 165.



que concierne a nuestro discurso, en el supuesto diario de Manuela el discurso de la independencia de España se mezcla con la condena del sistema esclavista y racista de la Colonia: “aquí hay diferencias raciales profundas e injustas. Entonces, ¿qué íbamos a poder hablar de igualdad o fraternidad si teníamos, y tenemos, esclavos y consideramos a indios y negros como inferiores?”⁴⁴. La cuarta parte, *Tierra, fuego y agua*, es sólo una página en una aséptica tercera persona que cuenta la muerte de Bolívar.

Como decíamos al principio, son la infancia y la vejez las etapas mayormente visitadas por los autores de las novelas históricas más recientes, porque allí la fantasía puede jugar en un campo no totalmente ocupado por fuentes y documentos historiográficos. Y efectivamente las dos novelas que acabamos de analizar se refieren a las infancias alternativas, ‘negras’, de la pareja, documentadas en las fuentes oficiales pero ciertamente no evidenciadas y exaltadas como en estos dos textos: las dos esclavas, mujeres y negras, personajes marginales por género, etnia y clase, reclaman para sí el reconocimiento del rol central que tuvieron en la formación espiritual y cultural de Manuela y Simón, dos de los mayores héroes de la Independencia americana.

Interesante es también rastrear la imagen de Manuela ‘vieja’⁴⁵ –pobre y olvidada después de la muerte de Bolívar– presente en otras novelas de otras escritoras.

Así, la argentina Alicia Dujovne Ortiz, en *Anita cubierta de arena* (2003), nos cuenta la visita a Manuela en Paita en 1851, del héroe del *Risorgimento* italiano, Giuseppe Garibaldi, que de ella escribió:

Doña Manuelita de [sic] Sáenz era la más linda y gentil matrona que hubiera visto nunca; habiendo sido la amiga de Bolívar, conocía las más mínimas circunstancias de la vida del gran libertador de América central. [...] Después de aquel día que llamaré lindísimo, frente a muchos otros angustiados, porque transcurrido en compañía de la interesante enferma, yo la dejé realmente conmovido. Los dos con los ojos humedecidos, pre

sintiendo sin duda que aquel era por los dos el extremo adiós en esta tierra⁴⁶.

44. *Ivi*, p. 163.

45. También la novela *Manuela* de Luis Zúñiga se centra en los recuerdos de la mujer, ya anciana, en Paita: “A la vejez, ahora que me siento tan sola, desgraciada, llena de privaciones y en una postración casi total, simplemente me propongo escribir algo de mi vida” (Abrapalabra Editores, Quito, 1991, p. 5).

46. A. Dujovne Ortiz, *Anita cubierta de arena*, Alfaguara, 2003, Buenos Aires, p. 11 (Sobre este



Es un encuentro triste mas no patético, contado por Dujovne Ortiz –como toda la novela– desde el doble punto de vista masculino-femenino:

El entró a la penumbra encandilado y le costó guiarse hacia el rincón de donde ya no provenía la voz. En aquella habitación había un bulto en silencio, un aliento contenido, olores a tabaco, a dulce y a mujer [...] Calmado el refucilo, apareció una cama con una matrona que lo miraba con los ojos brillantes. El (*sic*) se arrodilló junto a la cama, hundió la cara en el borde, allí donde el grueso cuerpo le dejaba lugar, y permitió que lo sacudieran unos sollozos fuertes, viriles y de un raro impudor.

Ahora demos vuelta la moneda.

Una mujer dormitaba en la penumbra cuando un desconocido, con la cabeza a contraluz rodeada por un halo dorado, abrió la puerta, parpadeó, acabó por distinguir a la habitante de la pieza que, gorda, paralizada y con diversas fracturas en el cuerpo y el alma, contenía el resuello, y se derrumbó a mojarle el colchón con unas lágrimas que a todas luces no le estaban destinadas⁴⁷.

Dos soledades que se encuentran, mas la de Garibaldi es reciente –estamos en 1851 y Anita había fallecido en 1849– y es suficiente con que el italiano note un ligero parecido –“-Es que tenía tus ojos”– para que se conmueva y, gracias a un sentimiento fuerte de comparticipación, de condolencia, de afinidad (“se miraban de frente, con curiosidad, con piedad, con cariño”⁴⁸) empiece a narrar.

La novela tiene una estructura circular: empieza y termina con dos capítulos ‘marco’ (*Manuela en la penumbra* y *La visión de Manuela*) que encierran los siete capítulos centrales, el relato, en tercera persona, de la historia de amor entre Giuseppe y Anita: *Anita en el mar de leche*, *Anita nada en los torrentes*, *Anita bajo la higuera*, *Anita en la terraza*, *Anita no tiene camisa roja*, *Anita alrededor del centro*, *Anita cubierta de arena*. Una primera lectura señalaría a Manuela como ‘marco’ de referencia mientras que el ‘cuerpo’ de la novela sería la narración de un narrador omnisciente relativo, que privilegia el punto de vista de Anita pero no evita incursiones en los pensamientos y en los corazones de los demás personajes. Esta lectura sugiere un posible paralelo entre las dos heroínas y los comentarios finales de Manuela, como veremos,

segundo viaje de Garibaldi a América, muy poco estudiado, cfr. A. Ferrero Costa, “La presenza di Garibaldi in Perù”, en <http://www.peruan-ita.org/personaggi/garibaldi.htm>).

47. A. Dujovne Ortiz, *Anita cubierta de arena*, cit., pp. 13-14.

48. *Ivi*, p. 15.



serían una llave de lectura feminista desencantada e irónica. Ya esto sería suficiente para juzgar la novela inteligente y agradable, pero es posible también una lectura menos evidente y más intrigante: antes de ‘desaparecer’ dentro del ‘marco’ y dejar la palabra al héroe italiano, en el segundo capítulo Manuela Sáenz se insinúa en el ‘cuerpo’ del relato, es decir, en lo que le está contando Garibaldi, ofreciendo al lector una interpretación alternativa. Así empieza el segundo capítulo: “Para José Garibaldi, la figura de mujer que se perfila a orillas del mar lechoso surge de una necesidad, la suya. Esa necesidad la absorbe hacia él [...] Es el único italiano sobreviviente de un naufragio [...] Está solo en el mundo y necesita a una mujer. Justo en ese momento la ve a ella borrosa”⁴⁹. No hay márgenes de dudas, el narrador extradiegético es el héroe mismo y repite casi al pie de la letra el memorable párrafo de las *Memorias*, que termina con “Tu devi esser mia”⁵⁰, o sea “Tú debes ser mía”⁵¹. Delante de esta afirmación de eclatante machismo Manuela se despierta de un aparente duermevela: “Para Manuela Sáenz, que lo escucha desde el reverso de la medalla, las cosas han debido suceder así, puesto que él se lo dice, pero también al revés. Veamos, reflexiona. Un marino italiano hermoso como el sol...”⁵². Imagina, por lo tanto, la llegada de Garibaldi contada por Anita, y a partir de aquel momento ‘traduce’ en ‘femenino’ el cuento de Garibaldi: “Ahora es sólo la que escucha un relato de hombre traducido en mujer. Ya no precisa imaginar. Anita surge por su cuenta. No absorbida ella por la necesidad de Garibaldi, sino él por la de ella que ya lo ha visto antes y lo busca”⁵³. Se hace explícita entonces la lectura ‘femenina’ de la historia de amor y de guerra de José y Anita, trazando un doble recorrido, paralelo pero invertido. Nunca se propone una lectura de feminismo duro y puro, que enardecza a la mujer empequeñeciendo al hombre, sino una lectura ‘abierta’, crítica, dubitativa, que deja –y exige– una total libertad para que el lector cansado de certidumbres ideológicas y de género, construya su propia verdad. Que ésta sea la razón última de la novela lo confirma el capítulo final, en el que Manuela Sáenz, después de escuchar y ‘traducir’ ‘en femenino’ el relato de Garibaldi, toma la palabra y dirige a Garibaldi “una retahíla de reproches que el gringo no estaba en condiciones de escuchar”⁵⁴: pregunta y contesta a sus

49. *Ivi*, p. 19.

50. G. Garibaldi, *Memorie*, Milano, Rizzoli, 1982, p. 82.

51. A. Dujovne Ortiz, *Anita cubierta de arena*, cit., p. 19.

52. *Ibidem*.

53. *Ivi*, p. 20.

54. *Ivi*, p. 225.



mismas preguntas –en la mejor tradición de la *par condicio*– con las presumibles respuestas de Garibaldi:

Cuando ya fuera viejo, si llegaba, quizá se cansaría de responderse a sí mismo que había obedecido órdenes, y que la sociedad uruguaya jamás habría permitido que Anita peleara junto a él, y que la italiana tampoco, y que ella era madre de cuatro hijos a los que su obsesión de estar al lado del marido en plena guerra ponía en peligro, y que al final, bajo la luna de agosto, los austríacos llegaban y nada habría ganado con quedarse junto al cadáver para morir también”⁵⁵.

Juego sutil para reescribir la historia y para hermandar a las dos heroínas; Manuela, harta de recordar en la soledad su propia historia de amor y de guerra con Simón Bolívar, después de la visita de Garibaldi tiene otra historia que la hace soñar porque muy similar a la suya: “Ahora tengo la [vida] de Anita. Si me la saboreo despacio me durará hasta que me muera [...] Bolívar había buscado lo mismo que Garibaldi buscaba [...] Los mismos Ideales, los mismos deberes para con los demás pueblos, todo igual...”⁵⁶.

La anécdota del encuentro entre Garibaldi y Manuela, aparentemente cerrado en los capítulos ‘marco’, adquiere un sentido profundo como reivindicando los discursos que las dos mujeres no pudieron producir, Anita porque muerta joven, Manuela porque fue silenciada por la historia: dos heroínas románticas que supieron ir más allá del estereotipo de ‘revolucionarias por amor’ y que por eso, ahora, están recuperando el lugar en la historia que habían conquistado en el campo de batalla.

A otro encuentro famoso y documentado se refiere la argentina Silvia Miguens en *La gloria eres tú. Manuela Sáenz rigurosamente confidencial* (2000) que se inserta decididamente en la línea del nuevo erotismo feminista. La narración empieza cuando el ballenero Acushnet se aproxima a Paita y Herman Melville⁵⁷ ordena que los marineros amotinados bajen a tierra, donde Manuela actúa como mediadora. Luego, recibirá las visitas de Garibaldi y Simón Rodríguez que la ayudan a combatir el aburrimiento, la soledad y el miedo a la muerte:

55. *Ivi*, p. 227.

56. *Ivi*, p. 233.

57. También la película *Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador* (Dir. Diego Rísquez, Interp. Beatriz Valdés, Mariano Álvarez y Juan Manuel Montesinos, Guión Leonardo Padrón, 2002) comienza en el puerto de Paita, adonde ha llegado un barco de cazadores de ballenas: entre ellos, Herman Melville, que aprovecha la parada en Paita para buscar a la legendaria Manuela Sáenz, quien empieza a releer las cartas de amor de Bolívar y a narrarle su historia.



a ellos les cuenta con esmero detalles su vida íntima. A partir de esta situación la narración sigue entrecruzando *flashback*, la voz de un narrador omnisciente, la de la misma Manuela joven a través de su “Diario de Quito” y madura a través de su “Diario de Paita” y algunas cartas (todas del volumen mencionado de Álvarez Saá). Hay también elementos ficcionales que nada aportan al sentido del texto o a la estructura narrativa, como la presencia de una nana india llamada Dulce María, que ocasiona sólo descripciones estereotipadas, a menudo inexactas, y que no podemos considerar como elemento de reivindicación del mundo indígena.

A la vejez de Manuela se refiere también la mexicana María Eugenia Leefmans⁵⁸ en *La dama de los perros* (2001), ganadora del Premio Nacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” (2000), que nos presenta ambas caras de Manuela, de mujer independiente y de patriota revolucionaria. La vemos en sus últimos años –a *Dama de los perros*, la solitaria de Paita, la vendedora de dulces y lectora del futuro en la ceniza del tabaco– acompañada por Jonatán (la Jonatás de Chiriboga) y tres perros que llevan el nombre de los enemigos de Bolívar: Páez, Santander, La Mar. Es un personaje cautivador, que no vive sólo de recuerdos y nostalgias sino que busca el contacto y el diálogo con los jóvenes, no la vieja dama aristócrata y mandona de Ricardo Palma sino una Manuela-bruja que ha mantenido su costumbre de fumar tabaco para leer el futuro en la ceniza, el suyo pero sobre todo el de los jóvenes que se burlan de ella pero que al mismo tiempo la respetan. También en este caso la memoria es el hilo conductor: los últimos días de Bolívar se imaginan desde un cronotopo lejano –Manuela vieja, aislada, pobre, en el exilio de Paita, más de veinte años después, ya que le sobreviviría veintiséis años –basándose sobre una intertextualidad riquísima de citas tanto documentales (cartas y proclamas) como literarias, principalmente de Álvaro Mutis y García Márquez. Junto a los jóvenes, la animan la presencia de ilustres visitantes, en primer lugar el maestro de Bolívar don Simón Rodríguez, que acompaña a Manuela en estos últimos años, ya que vive relativamente cerca y la visita frecuentemente para unir dos soledades y muchos recuerdos. Y son Jonatán y don Simón Rodríguez –también él en exilio–, quienes son portadores en la novela de preocupaciones sociales y reivindicaciones étnicas –de negros e indios– que como hemos visto es una característica muy presente en las novelas ‘feministas’ latinoamericanas:

58. Ganadora en 2010 del Premio Nacional de Novela para Escritoras Nellie Campobello con la novela *Fuera del Paraíso*, sobre Sor Juana Inés de la Cruz.



En mis oídos resuenan las palabras de don Simón, cuando veo a las mujeres sentadas en la plaza mayor, haciendo trueque con sus yerbas u hortalizas y descubren su pecho flácido para entretener al hijo, que llora de hambre. Cuando tropiezo con la madre niña, cuyo cuerpo se dobla al llevar amarrado al menor de sus hermanos sobre la espalda. Cuando contemplo los surcos labrados por lágrimas rodantes en las caras de niños con mirada de águila, a quienes la vida enjaulará. Cuando me acerco a los viejos de las tribus y con los ojos hablamos de una esperanza común que rescate a su gente...⁵⁹.

La historia, hoy

Paralelamente, a una mujer se le debe también la nueva visibilidad de Manuela Sáenz en la historiografía: en 1989 la ecuatoriana Nela Martínez Espinoza –que ya en 1983 había editado *Manuela Libertad* que recoge colaboraciones de Eugenia Viteri, Pedro Jorge Vera y Nelson Estupiñán Bass– organizó el “Primer Encuentro con la Historia: Manuela Sáenz”, que tuvo lugar en Paita el 24 de septiembre y donde

se firmó la Declaración, por medio de la cual las participantes juraron seguir el ejemplo de Manuela y combatir toda forma de injusticia neocolonial, incluyendo la discriminación de clase, de raza y de sexo. Las participantes proclamaron a Manuela Sáenz precursora de la mujer emancipada y Colibertadora del movimiento independentista. Esto último implicaba que su contribución a la independencia fue igual a la de Bolívar⁶⁰.

Paulatinamente va conquistando espacios y visibilidad: el 7 de marzo del 2006, en Caracas, se develó el primer monumento a Manuela Sáenz en el “Paseo de los Insignes”, en la avenida Bolívar, en el centro de la ciudad. Su dimensión de ‘Gran Colombiana’, más allá de las fronteras nacionales, y su definitiva consagración en el panteón de los héroes continentales tuvieron su punto de máxima visibilidad en una ceremonia de homenaje, organizada entre los países que la vieron protagonista y víctima (Ecuador, Bolivia, Perú y Venezuela): en 2010 un cofre con tierra del cementerio de Paita fue trasladado al Panteón Nacional de Caracas (con más de 260 eventos colaterales) donde está enterrado Simón Bolívar, restituyendo así a Manuela Sáenz la doble

59. M. E. Leefmans, *La Dama de los perros*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 2001, p. 79.

60. Teresa Sosa, “Manuela Sáenz: protagonista de la historia por derecho propio”, en *Palabra de mujer*, <http://palabrademujer.wordpress.com/2010/07/04/manuela-saenz-protagonista-de-la-historia-por-derecho-propio/>.



dimensión que le han reconocido las escritoras que hemos analizado, a partir de los lejanos años treinta: por una parte, rendir homenaje a la mujer al reunir simbólicamente a los dos amantes en la tumba y, por otra, reconocer su valor civil y militar acogiéndola en el lugar sagrado de los héroes incontestables.